

AYÚDAME, SEÑOR por Javier Leoz

A estar contigo, para cuando Tú llegues
vea y sienta que has resucitado
Para que, cuando los demás me digan que creen
también yo me ffe de lo que creen y esperan

**Que no sea tentado por la incredulidad, el mal
la apatía o el escepticismo**

**Que acoja, con serenidad y con alegría,
la noticia de que Tú vives en medio de nosotros**

**Que, en las marcas de la humanidad,
descubra las profundas llagas de tu Cuerpo**

**Que reaccione mi fe, cuando tu Palabra,
sale a mi vida un tanto muerta y fría**

**Que sea capaz de desplegar los dedos de mi mano
y buscar las heridas de tu costado**

**Que sepa verte, como Resucitado,
y no recordarte como el Cristo muerto**

**Que las llagas de tu costado
sean para mí, prueba de tu victoria**

**Que las heridas que se abren en el mundo
sean una llamada a descubrirte vivo en él**

**Que con Tomás, postrándome ante tu presencia
resucitada, eterna, viva y pascual pueda decir hoy y siempre:
¡Señor mío y Dios mío!**

- PRECES, PADRE NUESTRO

- ORACIÓN: Dios de misericordia infinita que reanimas la fe de tu pueblo con la celebración anual de la Santa Pascua, acrecienta en nosotros la fe para que creamos constantemente en el efecto sanador del Espíritu Santo, obtenido por nuestro Bautismo.. Por Jesús Nuestro Señor

GRUPO ORACIÓN
PARROQUIA SAN GERMÁN
IIº Domingo Pascua Domingo Divina Misericordia 12 abril 2026



En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Señor Dios Padre nuestro, te pedimos gracia para comprender mejor la Palabra que se transmite en la Eucaristía Dominical. Concédenos la presencia cercana y gratificante del Espíritu Santo. Te lo pedimos por tu Hijo --y Maestro Nuestro--el Señor Jesús.

¡Señor mío y Dios mío!

Este domingo Segundo de Pascua se llama también de Tomás porque aparece ese magnífico relato de Juan Evangelista sobre el descreimiento del apóstol Tomás. Y que contiene su posterior y conmovida conversión que le lleva a exclamar ese “¡Dios Mío y Señor Mío!”, jaculatoria bellísima que ha llenado la boca de millones de cristianos en todos los tiempos. Hemos de disponernos a celebrar la Pascua con gran consciencia y dedicación. Y así contemplar la Gloria de Jesús, su Resurrección, anuncio de la que, un día, nos llegará a todos nosotros. Realmente un intenso Segundo Domingo de Pascua, porque es también la Fiesta de la Divina Misericordia, instituida ya hace unos años por San Juan Pablo II.

✠ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20, 19- 31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -- Paz a vosotros.

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: -- Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:-- Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: -- Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó:-- Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -- Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás:-- Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás:-- ¡Señor Mío y Dios mío!

Jesús le dijo:-- ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

Palabra del Señor

LA MEDITACIÓN

1.- Contemplaban los acontecimientos a la luz de la Verdad y, en ello, ponían todas ilusiones y toda su existencia. El choque del Resucitado con los apóstoles había sido tan decisivo que, su testimonio, era algo natural, espontáneo y lógico: disfrutaban hablando de Aquel que, bajando a

la muerte, subió de la tierra tal y cómo les anunció en los días de su pasión.

2.- ¿Y ahora? Como, en todos los grupos, salió una voz discordante y disconforme. Tomás, el incrédulo, no solamente no creía que Jesús hubiera resucitado, es que además se negaba a dar por válido y serio el testimonio del resto de sus compañeros. Su fe, la de Tomás, estaba sostenida por su forma particular de comprender y de acoger las cosas: todo lo que no veo, queda fuera de mí. No me sirve. ¿Le podrían convencer, o volver de sus posiciones, la experiencia, el encuentro, el cara a cara que el resto de los apóstoles tuvieron con Jesús Resucitado? ¿Qué le impedía a Tomás dar el paso hacia la fe aún sin ver? Su dificultad residía, y no lo olvidemos, en una fe hilvanada por el simple hilo de la apariencia.

3.- Tal vez, lo más positivo de Tomás, es que también él quería tener una experiencia real y fuerte del Resucitado. Pero, lo negativo, es que se cerraba a creer por la palabra y la experiencia viva de sus compañeros. Pronto, Jesús, se hizo presente. Las puertas estaban tan cerradas como la mente de Tomás y, a la vez, tan fáciles de abrir como el corazón de aquel testarudo apóstol con la simple presencia del Resucitado. En ese momento, y no lo olvidemos, todos los esquemas de Tomás caen por el suelo. Aquel que, sin ver no creía, de pronto se fía. ¿Y por qué cree? ¿Por qué ve? ¿Por qué siente que su rostro se sonroja ante la evidencia de la nueva vida? ¿Tal vez por qué, Jesús, no merecía tanta incertidumbre, racionalidad o dudas? En el fondo, Santo Tomás, creía pero quería un cara a cara con el Señor. Pudo más en él, el afán de seguridades, que el misterio de la fe. Su confesión “Señor mío y Dios mío”, no sólo es un grito de fe. También lo es de arrepentimiento: ¡Señor, cómo te he podido tratar así! ¡Qué ciego he estado! ¡Por qué me he dejado llevar por la dureza de la razón!

4.- También, a nosotros, el Señor nos reclama la fe. No tenemos la suerte de asomarnos a ese sepulcro que todavía conserva el calor del cuerpo de Jesús. No poseemos el privilegio de sentarnos frente a Pedro, Juan o Santiago para preguntarles sobre el cómo Jesús resucitó y cómo era. Pero, precisamente por ello, nuestra fe vale lo que el oro fino: creemos por el testimonio de los apóstoles. Creemos por lo que nuestros padres nos han transmitido. Creemos porque, en la experiencia que otros tuvieron del Resucitado, tenemos también puesta nuestra esperanza, nuestra ilusión y nuestra certeza de que Jesús es el principio y final de todo. Creemos porque, la Iglesia, nos ha ido transmitiendo todo esto con sufrimiento, y convencimiento y amor: ¡¡¡Jesucristo ha resucitado!!!